

I Foro Social Américas: crisol de luchas, pensamiento e identidades del continente

Magdalena León*

* *Economista,
integrante de la Red
Latinoamericana de Mujeres
Transformando
la Economía (REMTE),
miembro
de la Comisión
Organizadora
del I Foro Social Américas
y del CI del FSM.*

El I Foro Social Américas (FSA), realizado en Quito entre el 25 y el 30 de julio de 2004¹, se organizó de cara a dos grandes objetivos: contribuir a la mundialización del Foro Social Mundial (FSM) y su agenda, y permitir un tratamiento más pormenorizado de las expresiones regionales de resistencia al neoliberalismo, de construcción de pensamiento propio, de alternativas y estrategias de transformación.

Estos grandes enunciados, comunes al conjunto de foros que se multiplican en distintas zonas del planeta, adquieren matices a la hora de su aplicación en el continente, debido especialmente a dos particularidades. América del Sur (Porto Alegre) había sido ya la sede de tres foros mundiales consecutivos (2001-2003)², lo que representaba un marco “ventajoso” en cuanto al arraigo del proceso y de su agenda en nuestro territorio. En 2003 arrancó la organización del I FSA con un entorno de organizaciones, entidades y actoras/es que tenían ya un camino recorrido

junto al FSM, pero esta vez volviendo los ojos hacia los contornos de un continente en ciernes.

Esa es la segunda particularidad, la de una realidad continental marcada por la presencia en el mismo territorio del país que ejerce como potencia hegemónica en el orden unipolar prevaeciente. La línea que separa geográfica, histórica, política y simbólicamente el Norte del Sur tiene una densidad tal que la conformación del continente como entidad unitaria está aún pendiente.

Al igual que en todos los foros, el FSA resultó una experiencia inabarcable. Tratamos en estas líneas de identificar y recoger algunos elementos destacados frente al desafío de continuidad y profundización del proceso³.

La diversidad como clave

Los diferentes balances del FSA, sean estos analíticos o “impresionistas”, colectivos o individuales, de participantes o de observadores externos⁴, coinciden en anotar la diversidad como característica sobresaliente de este evento. El programa y la atmósfera del Foro tuvieron la riqueza de presencias, voces, visiones, propuestas de las más variadas expresiones de identidad, pensamiento y lucha del continente. No se trató sólo de presencias simultáneas o paralelas, sino en interacción y en buena parte en articulación.

Las previsiones metodológicas tomadas desde el espacio organizativo, y la espontaneidad que acompaña un evento basado en la autogestión, se unieron para dar este resultado.

Uno de los desafíos en la fase de organización había sido tomar viables, aplicables, los ejes transversales de género y diversidades, adoptados como tales para el FSM y asumidos así para este foro regional. En esa perspectiva, por ejemplo, la definición de ejes temáticos⁵ y subtemas procuró reflejar la gama de luchas en curso, el pensamiento crítico en sus variadas expresiones, y a sus protagonistas.

La articulación de organizaciones para presentar iniciativas conjuntas fue otro recurso metodológico que, si bien buscó propiciar acercamientos y trabajo compartido, no trató de “inducirlos”. En este sentido, las convergencias que ya estaban en camino, algunas con un acumulado importante de agendas y acciones comunes, fueron un importante pilar en esta construcción. Así, buena parte de la programación en torno a grandes temáticas como ALCA y libre comercio, deuda, migraciones, agricultura, fue inscripta tras procesos de concertación entre un amplio número de organizaciones y entidades. En otros



© Clara Algranati

casos, el Foro fue efectivamente el escenario para primeros acercamientos o para estrenar iniciativas compartidas que dan comienzo a nuevas articulaciones.

La programación sumó un componente autogestionado y otro co-organizado. En el segundo, los eventos “grandes” se armaron en base a las actividades inscriptas, a partir de las cuales la Comisión Organizadora trabajó con las redes, articulaciones y entidades que las habían propuesto, ampliando, complementando, redefiniendo a veces, para garantizar balances que atiendan la diversidad subregional, la diversidad de voces y contenidos, el encuentro entre tipos de discursos, conocimientos y prácticas.

El programa, entonces, trató de reflejar la diversidad más allá de la autorreferencia, reconociendo que hay variadas identidades, variadas maneras de experimentar y de contestar al modelo, pero también hay encuentro, confluencia, interés común, valor estratégico (por ejemplo el ALCA, abordado desde distintas entradas, en los distintos ejes temáticos).

La existencia de pueblos originarios es de especial relevancia en el continente. Su acervo histórico y cultural, sus trayectorias de resistencia, las singularidades de su propuesta y

experiencia contemporáneas, su significado como testimonio de la posibilidad de “otro mundo”, dieron sustento a las distintas formas de su presencia en el Foro: a través de la Cumbre Continental de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas realizada como evento convergente, con el eje temático “Pueblos indígenas y afrodescendientes”, y con las voces indígenas en los cuatro restantes ejes temáticos.

También hubo una búsqueda intencionada de garantizar la presencia de las mujeres y del pensamiento feminista, pues se había comprobado en foros anteriores que los equilibrios de género no ocurren de manera espontánea. Esta necesidad se acentuó ante la ostensible “feminización” en los niveles organizativos y de construcción del Foro. La paridad a nivel del programa todavía es un logro pendiente, pero se dieron pasos sensibles. De su lado, las organizaciones LGBT [Lesbianas, Gay, Bisexuales y Personas Transgénero] aportaron con iniciativas de visibilidad, que apuntaban tanto a su afirmación como actoras/es como a la construcción de su perspectiva sobre el conjunto de temas, y de articulaciones.

Lo estructural y lo identitario, sin jerarquías

Otro de los rasgos que caracterizó al I FSA fue la común oposición al neoliberalismo. Esta postura “unitaria” es fruto tanto de una visión compartida sobre las implicaciones y consecuencias que a nivel general acarrea dicho modelo como también del registro de vivencias y experiencias específicas en cuanto a sus impactos particulares, que se plasma en diferentes formas de crítica y acciones de resistencia.

El peso y la fuerza del tema ALCA y libre comercio, como expresión del modelo, se matizan por la variedad de miradas, de entradas para tratarlo, de conexiones con aspectos que no se quedan en lo económico o estructural, sino que van hacia los derechos humanos, la comunicación, la cultura.

“La existencia de pueblos originarios es de especial relevancia en el continente. Su acervo histórico y cultural, sus trayectorias de resistencia, las singularidades de su propuesta y experiencia contemporáneas, su significado como testimonio de la posibilidad de ‘otro mundo’, dieron sustento a las distintas formas de su presencia en el Foro...”

Pero igual de potente y unificadora resultó ser la necesidad de un espacio de reconocimiento, reafirmación, construcción de la *identidad latinoamericana*, en varios sentidos: el de las raíces comunes, el de la resistencia ante la dominación del Norte, el de la construcción de futuro.

La importancia de la identidad latinoamericana afloró transversalmente. Fue evidente que es impensable construir otro modelo económico, una integración alternativa, alcanzar la soberanía alimentaria o anular la deuda externa, sin esa identidad –aunque la misma no debe pensarse sólo como un “medio”.

De ahí, por ejemplo, la emotividad y sentido de trascendencia con que se vivieron los momentos ceremoniales, de ritualidad andina, que acompañaron los actos masivos de apertura y cierre. Fueron momentos cargados de solidaridad, de energías compartidas, que se conectan con una construcción de lenguaje implícito, que no está formulada analíticamente pero que es necesaria como motor del proyecto de cambio.

El Norte y el Sur

El proceso continental del FSM plantea desafíos particulares y quizá mayores en una realidad de marcadas diferencias entre el Norte y el Sur. ¿Hasta qué punto compartimos problemas y visiones sobre el cambio?

En la experiencia reciente, el ALCA y los TLC nos han colocado ante problemas comunes –quizá más que el militarismo y que la deuda, compartidos con el mundo–, permitiendo intercambios, construcción de agenda y de acciones concertadas. Otros procesos “sectoriales” también dan cuenta de trabajo y proyectos que se aproximan (pueblos indígenas, migrantes).

Pero predominan visiones de “Otra América” en tiempos distintos. Así, en el proceso de definición del programa del FSA, las voces del Norte subrayaron su idea de que el Foro debe proponer una visión de la “Otra América”, caracterizarla como propuesta de futuro, y definir las estrategias para alcanzarla, para llegar ahí. Desde esa perspectiva (¿pragmática? ¿planificadora?), la denuncia, el registro del presente –más aún, del pasado–, el señalamiento de los problemas, pierden sentido estratégico, son vistos como parte de un “diagnóstico” de asuntos ya sabidos, ya conocidos (perspectiva tras la cual están también posturas políticas y epistemológicas).

Para el Sur, los asuntos de raíces históricas, de reconocimiento, de identidad, de registro y denuncia del presente, resultan cruciales e indisolubles del proyecto de cambio, de



© Magdalena Rauch

su viabilidad. Además, se percibe “Otra América” no sólo situada en el futuro, sino latente a lo largo de nuestra historia, presente en las resistencias, las prácticas, los valores. Y en este sentido es estratégico el análisis crítico de la realidad –que, de más está decir, no es fija sino dinámica–, porque en ella se encuentra tanto lo que queremos cambiar como las alternativas en germen, inscriptas tanto en las propias experiencias como en las propuestas.

Agenda común

El Foro no produjo *una* declaración⁶, pero sí algo de quizá mayor significación: numerosas declaraciones, una agenda común, contactos, voluntades de acción conjunta. Dejó ver elementos de una “agenda nueva” de la que son portadores no sólo “nuevos” movimientos o actores, sino que ha permeado sectores históricos. Fue una oportunidad para que sectores debilitados por el neoliberalismo (como el sindical, por ejemplo) extiendan su identidad y su agenda al integrar otras dimensiones.

Se dieron pasos en el sentido de construir una agenda común que no sea la sumatoria de lo sectorial, sino la asunción por todas/os de causas que son comunes (el "trío" libre comercio, deuda, militarización; el "binomio" género y diversidades, que apela a las propias prácticas internas; el macrotema de la ecología), y de otras que son específicas pero que pueden ser apropiadas por los otros/as con un sentido de solidaridad y reciprocidad. Agenda común que no implica un solo pensamiento, sino que se alimenta de la diversidad y la pluralidad en interacción.

Notas

1 En el Foro participaron 11.000 personas de 55 países de los cinco continentes; 926 organizaciones inscribieron delegaciones, siendo las más numerosas las de Ecuador, Colombia, Perú, Bolivia, Brasil, Canadá, Estados Unidos y Venezuela. La programación incluyó unos 450 eventos.

2 Las organizaciones brasileñas han confirmado en estos años su rol como pivote de la iniciativa misma y de sus avances a nivel mundial.

3 Se trata, inevitablemente, de una mirada "desde adentro", en la medida de nuestra directa participación en la Comisión Organizadora de este Foro.

4 Algunos están recogidos en <www.forosocialamericas.org>

5 En su versión más sucinta, los cinco ejes transversales fueron: El orden económico; La faz violenta del proyecto neoliberal; Poder, democracia y Estado; Culturas y comunicación; Pueblos indígenas y afrodescendientes.

6 Expresamente excluida ante el reparo de algunos sectores del Consejo Internacional del FSM, que ven el riesgo de que se realcen ciertas luchas y secundaricen otras.



© Clara Algranati